

TE RECUERDO, RACHIDA

Hace dos meses falleció la niña camerunesa que llegó a Burgos a curarse de una leucemia. La Fundación Rey Bouba, el pediatra Emilio Sastre y todas las familias que con tanto cariño la cuidaron lloran su ausencia



Esta imagen está tomada el 30 de julio de 2015. Rachida, en franca mejoría, participaba en las actividades veraniegas de Atalaya Intercultural. / CHRISTIAN CASTRILLO

DECLARACIONES

[“

Mi hija está bien allí (en Burgos), está donde debe estar, era su nueva tierra»

Recemos por ella cada uno nuestras oraciones, musulmanes y cristianos, porque, al final, todas van dirigidas al mismo Dios»

Convivir con esta niña era, sin duda, convivir con la alegría»

ANGÉLICA GONZÁLEZ / BURGOS

Hace justo un año por estas fechas nos hacíamos eco en las páginas de Diario de Burgos del buen estado en el que se encontraba Rachida Ousumanu. Fue el 30 de julio de 2015. Su leucemia estaba en remisión, participaba en las actividades de verano del colectivo Atalaya Intercultural en el colegio Jesuitas y se la veía contenta y activa. Había llegado a Burgos un año antes con un estado de la enfermedad tan avanzado que apenas le quedaban unos meses de vida ni fuerza para sonreír. Aquí en Burgos, de la mano de la Fundación Mayo Rey (que toma el nombre del pueblo del que era oriunda) y, sobre todo del pediatra Emilio Sastre y de las seis familias voluntarias que estuvieron pendientes de cualquier necesidad que la cría tuviera, Rachida cambió su rostro lleno de tristeza y cansancio por una expresión inteligente y pillá con la que se llevaba al huerto a todo el que la miraba. Era una niña muy lista que, como recuerda Sastre «nunca olvidó a los suyos y su gran deseo era volver con ellos».

Nadie se esperaba, pues, que al

tener un 90% de posibilidades de curación las cosas se iban a torcer de tal manera que 12 meses después estuviéramos recordándola con el corazón encogido. Porque Rachida murió el pasado 20 de mayo. En un momento dado, su enfermedad dio un parón, empezó a empeorar y hubo que recurrir a un trasplante de médula. Y una complicación que no suele ser frecuente en estos casos, una hemorragia pulmonar, terminó con su vida tres meses antes de que hiciera 16 años. Su aniversario era el 10 de agosto.

Para Sastre -que aún la llora y afirma que siempre será para él como una hija más- el caso de esta adolescente fue siempre diferente al de otros niños que ha traído la Fundación a Burgos. «Su familia no vino con ella al hospital que tenemos allí a pedir ayuda como ocurre en otras ocasiones sino que fue el herrero del pueblo, con el que he trabado una buena amistad, quien me habló de ella y fui a verla. No podía ni tenerse en pie. De alguna manera, Rachida me salió al camino, el destino me la puso delante».

Enseguida habló con sus cole-

gas de Burgos y tanto la dirección gerencia del Hospital Universitario como el servicio de Hematología mostraron toda su generosidad y pusieron toda su ciencia para pelear por Rachida.

«Tenía una maravillosa capacidad de adaptación, desprendía un

Su familia no la llevó al hospital pero a Sastre le hablaron de ella: «El destino me la puso delante»

encanto especial y era muy lista», cuenta Sastre mientras muestra los montajes que la cría aprendió a hacer con una aplicación de móvil en uno de los cuales se ve al médico en la portada de la revista *Times* con el título *The Boss*. Como cualquier persona inteligente tenía un extraordinario sentido del humor y una madurez para su edad que contrastaba con la de las

niñas burgalesas de su quinta: «Convivir con Rachida era convivir con la alegría, no te puedes imaginar con qué entereza aguantaba los tratamientos a los que fue sometida, ya que la leucemia requiere intervenciones que a veces son muy dolorosas».

¿Qué pasó? La Medicina no es una ciencia exacta y en ocasiones funestas como ésta falla con niños y adolescentes, lo que aquí nos resulta terrible. La reacción en su pueblo ante la dura noticia fue muy «a la africana» como dice Sastre. Allí están acostumbrados a convivir con la miseria y la muerte todos los días y tienen «una mezcla de entereza e impermeabilidad ante estos hechos, que no tiene nada que ver con los sentimientos que afloran aquí». La madre fue la que peor lo llevó y durante el tiempo en el que el pediatra burgalés estuvo allí -Rachida murió en Salamanca coincidiendo con uno de los viajes del médico a Camerún- fue a visitar a la madre cada dos días y si la vio afectada: «Cuando le dije que la íbamos a enterrar en Burgos ella me contestó: 'Allí está bien, está donde debe estar, era su nueva tierra'. Ha sido una auténti-

ca pena también en ese sentido porque, de alguna manera, esta adolescente era la gran esperanza de un pueblo muy humilde que vio como una de sus hijas iba a España a curarse de un cáncer. No pudo ser».

Los ritos mortuorios -el lavado del cuerpo y su envolvimiento en una sábana de lino blanco- en el que participaron dos mujeres de su misma religión y un imán se celebraron en la capital charra y en Burgos se llevó a cabo el enterramiento al que acudieron todos los que la quisieron, un acto sobrio y austero en la zona musulmana del cementerio municipal. En ese emocionante momento el imán hizo sus plegarias y animó a los cristianos a rezar sus oraciones: «Al final, todas van dirigidas al mismo Dios», recordó, unas palabras tan sentidas como oportunas en estos tiempos. En su tumba, una lápida que apenas sobresale de la tierra, Sastre va a colocar una placa en el idioma materno de la niña, el fulfulde, pero se reserva traducir el texto que pondrá. Como toda la pena que acumula desde que Rachida ya no está, este último homenaje será solo para ella.